

Como en sus ensueños pudo
El poeta ambicionar.

Iberia! yo te estoy viendo
Vestida de majestad,
Presentarte á las naciones
Con aplauso universal.

Iberia! yo te estoy viendo
En el senado brillar
De todos los pueblos libres,
Tan alta como el que más.

Iberia! yo te estoy viendo
Serenamente marchar
Al porvenir que adivina
La musa de nuestra edad.

Iberia! yo te estoy viendo;
Iberia tú nacerás,
Pues han de hacerse las bodas
De España con Portugal.

Ese gran día

No saltará;

¿Quién no lo ansia?

¡Quién lo verá!

DON ANTONIO HURTADO

LA MAYA

No tiene el sol méjor rayo,
Ni de luz más bienhechora,
Que el rayo aquél que colora
La primer alba de Mayo.
Pues tanta vida y calor
Sobre los campos derrama,
Que apenas hay una rama
Que no se convierta en flor.
Y es que Dios, desde su asiento,
Con la aurora de ese día,
Pródigo á la tierra envía
Un átomo de su aliento.
Átomo de esencia tal
Y de tan rica fragancia,
Que siendo nueva substancia
Y nuevo germen vital,
A su contacto fecundo
Hierva la tierra, y parece
Que se agita y se estremece
Loco de placer el mundo.

La ciencia aquí, voto á brios,
Gritará que esto es quimera;
Pero diga lo que quiera
La altiva ciencia de Dios,
Yo pregunto: ¿Quién potente
Mueve del mundo la bola?
¿Quién enciende y arrebola
La clara lumbre de Oriente?
¿Quién á la nube que ondea
Con visos de rosa inflama?
¿Quién da al sol la eterna llama
Con que las cumbres orea?
¿Quién de los montes desata
La densa y pesada bruma,
Y entre vellones de espuma
Destrenza arroyos de plata?
¿Quién con alta potestad
Y con vigor soberano,
Ya refrena al Océano,
Ya azota á la tempestad?
¿Quién, en fin, da movimiento
Á cuanto en el mundo cabe,
Y anima la flor, el ave,
El fuego, la mar y el viento?
Dios, cuyo excelso poder
En todas partes se ostenta,
Y á cuyo aliento fermenta
Lo que ha sido y puede ser.
Dios, que con nieve encanece
La sien del risco sombrío,
Y acallando el son del río
Entre hielos le adormece.

Dios, que en olas de frialdad
Envuelve á la noche umbría
Y saca la luz del día
De la densa obscuridad.
Así, cuando se desprende
La esencia de Dios creadora
Con la luz consoladora
Que en el sol de Mayo enciende,
Virgen aspirando amores
Despierta la tierra ufana,
Y gozosa se engalana
Con rico manto de flores.
Entonces, en curso leve,
Y en corrientes desiguales,
Baja deshecha en cristales
Y en globos de luz la nieve.
Y en incesante rodar,
Como el mundo en el vacío,
Corre la nieve á ser río,
Y el río corre á ser mar.
Y entonces es cuando osada
Rompe el águila las brumas,
Y va agitando sus plumas
Por la atmósfera azulada.
Y es cuando fresca la flor
Vierte al aire su tesoro,
Y es cuando con pico de oro
Canta alegre el ruiseñor.
Y entonces es cuando enhiesta
Alza su copa la encina,
Y hay más luz en la colina,
Y hay más sombra en la floresta.

Y entonces es cuando en pos
De un bien que no tiene nombre,
Se eleva el alma del hombre
A confundirse con Dios.
Pues con amor singular,
Divino, tierno y suave,
Da vida á la flor, al ave,
Al fuego, al viento y al mar.

.

Y basta de luz, de rayo,
De sol, de luna y de estrella;
Sobra con decir que es bella
La estación del mes de Mayo.

II

Orillas del Manzanares,
Soto de *Santiago el Verde*,
Sitios hoy tan olvidados
Como en otro tiempo alegres.
Álamos de la ribera,
Dulces aguas transparentes,
Que no adormecéis el gusto,
Con el rumor de otras veces;
Decid á vuestras memorias
Que á nueva vida despierten,
Y las historias que guardan
En manso arrullo nos cuentan.
Referidnos algún lance
De aquellas bizarras gentes,
Que el primer día de Mayo,
De Mayo, rey de los meses,

Risueñas y alborozadas
En son de fiesta campestre,
Poblaban la fresca margen,
Poblaban el llano agreste,
Y al compás de los albogues,
De vihuelas y rabeles,
Cantaban en grato coro
Y en soñoliento motete:

Este, madre, es Santiago,

Santiago el Verde;

Doncella sin amores

No venga á verle.

Mas ¡ay! ¡que en vano os recuerdo!
Tiempos que pasan no vuelven;
Y lo que ayer os dió pompa
Despojo es hoy de la muerte.
No esperéis, ondas sonoras,
Ni esperéis, ricos verjeles,
Ser espejos de hermosuras
Ni reclamamos de valientes.
Aquellas caras de rosas,
Afrenta de los claveles,
No es fácil que en los cristales
De esas aguas reverberen.
Pasaron aquellos días
Tan ansiados cuanto breves,
De la juventud encanto,
De la ancianidad deleite.
Ya no hay tapadas que os busquen,
Ni galanes que os frecuenten,
Ni carrozas que se atasquen
Al pasar junto á la puente;

Ni corros de bailadoras,
Ni riñas de matasietes,
Ni rufianes que os aturdan,
Ni tiendas de mercaderes;
Ni muchachas que se pierdan,
Ni mozos que las encuentren;
Ni, en fin, quien diga cantando
Con festivo sonsonete:

*Este, madre, es Santiago,
Santiago el Verde;
Quien bajó sin amores
Con ellos vuelve.*

*Las dueñas se santiguan
Cuando aquí vienen;
¿Quién las diera tornarse
De quince á veinte?*

*Madrecita del alma,
Calla y no reces,
Que allí baja el mancebo
Que á mí me quiere.*

*Flores que no le he dado
Del jubón prende;
¿Quién le habrá dado, madre,
Tal ramillete?*

*Con una moza baila
De ojos celestes;
Vámonos, madre, al punto,
No quiero verle.*

*¡Ay! Mal haya Santiago,
Santiago el Verde;
¡Sin celos bajó el alma,
Con celos vuelve!*

III

El primer día de Mayo
De un año en muertes famoso,
Al pie de un álamo negro,
Y algo apartados del corro,
Ana la de Leganitos
Y Pedro Recio el Ganchoso,
Ella una piña de plata,
Y él como un pino de oro,
Pausadamente se hablaban
Dándose mutuos enojos.
Ana escuchaba riendo
Sus reniegos y sus votos,
Y Pedro viendo sus risas
Alzaba el gallo más fosco.
—¡Anal... No me afufes, Ana,
Murmuraba Pedro ronco;
¡Mira que dentro del pecho
Me está punzando el demonio!
¿No me perjuraste anoche
Que no bajabas al soto?
¿Por qué en el soto te miro
Tan acabada de adornos?
Rizado y florido el pelo,
¡Toquilla de gasa al rostro!
¡Tú trocada en arandela
Para ensanchar tus contornos!
¡Tú con justillo de raso,
Con arracadas de á folio,
Con basquiñas enfaldadas

Y con zapatillos cortos!...
Por la vida de mi madre,
Ana, que no te conozco;
¡Ayer con parda albanega,
Y hoy con tantos perifollos!
¿Qué quieren decir, mi vida,
Estos trueques portentosos?
El santiagués que te sigue,
Aquél del lagarto rojo,
¿Te ha mandado que te enrubies
Para gala de sus ojos?
—¡Pedro!... no me afufes, Pedro,
Ana dijo con mal tono:
Mira que son tus palabras
Afrenta de mi decoro.
También tú dijiste anoche
Que no bajabas al soto,
Y hoy en el soto te encuentro
Más apuesto que un Medoro.
Sombrero de lazos llevas
Con faldas á lo rumboso;
Cuellos de Flandes caídos
Son en tu pecho despojos,
Y ese jubón y esas calzas,
Hoy te convierten en godo.
¡Tú con colete de ante!
¡Con daga de plata el pomol!
¡Tú con vihuela en las manos
Y presumiendo de Apolo!
¡Por la vida de mi padre,
Pedro, que no te conozco!....
¡En traje ayer de cristiano

Y hoy con ribetes de moro!
¿Qué quieren decir, mi vida,
Esos trueques portentosos?
La dama aquella del Prado,
Del Prado de San Jerónimo,
¿Te quiere á lo barbilindo
Para gala de sus ojos?
—Yo no afronto á tal tarasca.
—Ni yo al santiagués afronto.
—¿Qué me importa á mí su pompa?
—¿Ni á mí su cruz ni su todo?
—Por tí he bajado á Santiago.
—¿He bajado yo por otro?
—¡Si tú eres, Ana, mi gloria!
— ¡Y tú, Pedro, mi tesoro!
—Pues pelos al mar, y hablemos
De otro asunto.

—Pues dí pronto.
—Héme hallado á la Cardoncha,
La nieta de Juan el Chozno.
—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha dicho
Que una carroza con toldo
Hoy se ha parado á tu puerta,
Siendo cebo de chismosos.
—¿Y qué más dijo?

—Ha contado
Que una dama de alto bordo
Ha entrado á hablar á tu padre
De parte del Rey Católico.
¿Es verdad?

—No te ha mentido.

—¿Y qué es ello?

—¡Eres curioso!

—¿No quieres que me sorprenda
Todo un mensaje del trono?

—Pues á fé que has de saberlo,
Que el asunto es harto honroso.

—Pues cuenta.

—Ya sabes, Pedro,

Que es costumbre entre nosotros
Celebrar la Cruz de Mayo
Con festejos y jolgorios.

—¿Pues no quieres que lo sepa?

¿No he de saberlo, pimpollo?

¡Si en la cruz de Leganitos

Me cautivaron tus ojos!...

¿Cuándo ha visto Madrid, Maya

De más brío y requilorios

Que la que el año pasado

Fué de la Corte el asombro?...

—¡Calla, Pedro, y no me adules,

Que juro que me abochorno!...

—Callo y perdona, mi vida,

Que hablo así porque te adoro.

—Pues bien; del triunfo de entonces,

Sin duda el Rey noticioso,

Cruz en Palacio dispone

Que cause á la Corte gozo.

—¿Y á tí te elige por Maya?

—Con privilegio notorio

De ser reina de la fiesta,

Con cetro, corona y solio.

—¿Y acepta tu padre?

—Acepta.

—¡Vive Dios! ¡Tu padre es tonto!...

¿Pues no mete á su cordera

En una jauría de lobos?

—Pedro, ¿tornas á los celos?

—¿Pues no he de estar de retorno,

Si el santiagués que te sigue

Debe causar este embrollo?

—¿Y qué importa que lo cause?

¿Me ha de comer ese mozo?

—Ana, otro mar es la Corte,

Mar empedrado de escollos.

¡A gran naufragio se expone!

Quien va á ese mar sin piloto!

No vayas, Ana, á Palacio.

—¿Qué dices, Pedro?... ¿Estás loco?

Mi padre dió su palabra,

Y el negarme fuera impropio.

—Pues yo mando que no vayas.

—¿Qué es mandar?... ¿Eres mi esposo?

—No lo seré si tal haces.

—¿Pues busca otra novia, bobo!...

Quedóse mudo á esta frase

Pedro, con el gesto torvo:

Y al son de las castañuelas

Ana se entró por un corro,

A tiempo que las muchachas

Cantaban en dulce coro:

«Madre, en *Santiago el Verde*

Me dejó el novio,

Encontré un confiado
Se fué un celoso.
Cantarcillo de Lope
Canto con gozo;
¡Quien ama no haga fieros!....
Digo lo propio.»

IV

A poco llegó á aquel sitio
Un tropel de mozalbetes
Luciendo el oro y la seda
Desde la planta á las sienas.
Gallardos como unas flores,
Y cual gallardos alegres,
Dieron nueva vida al soto,
Soto de *Santiago el Verde*.
El más apuesto y más hombre
Causaba delicia el verle,
Aunque era largo de manos
Y de lengua algo insolente.
Llevaba un sombrero obscuro
Con cintillo y con caireles;
Pluma blanca derribada
Del aire eterno juguete:
Jubón de raso con perlas,
Anchos gregüescos con pliegues,
Botas bordadas de plata,
Espuelas de oro lucientes,
Espada sujeta al cinto,
Y un capotillo muy leve,
En uno de cuyos lados

Como un ramo de claveles,
La roja cruz de Santiago
Se dejaba ver á veces.
Era de mirar altivo,
Y era tal su continente,
Que su apostura y sus ojos
Estaban diciendo siempre,
A los bravos,—«¿quién me tose?»—
Y á las niñas,—«¿quién me quiere?»
Hijo de una ilustre casa,
Algo deudo de los reyes,
Poderoso como un Creso,
Audaz entre los valientes,
Muy tirador de las negras,
Muy caballista y jinete,
Era el tal mozo el Tenorio,
El coco de las mujeres,
El terror de los amantes
Y el rey de los matasietes.
Entróse al punto en el corro
Diciendo: ¡viva quien puede!
Y apartando al que bailaba
Se puso de Anilla enfrente.—
—¿Qué queréis? pregunto Ana
En tono de quien se ofende.
Y dijo el mozo:—Lucero,
¿Qué he de querer sino verte?...
Harto sabes que te busco,
Y hartos sabes que me tienes
Cautivo en los bellos ojos
Que en tu cara resplandecen.
—Buscad con quien divertiros,

Ana dijo en tono agreste,
Que no soy yo de esas damas
De lechuguilla y copete,
Que tales requiebros sufren
Y tales burlas consienten.
—¿No quieres bailar conmigo?
Pues vive Dios que me hieres,
Y que tus frases me quemán
Y me abrazan tus desdenes.
—No está la fuente muy lejos;
Id, caballero, á la fuente,
Que las aguas cristalinas
Acaso su fuego templen.
—No será sin que al partirme
La miel de tus labios pruebe,
Que abeja soy que entre flores
Busca cosecha de mieles.—
Y añadiendo á las palabras
La ejecución harto breve,
En los labios de la niña
Estampó un beso crujiente,
Presenció el lance el Ganchoso,
Y airado como una sierpe,
Por el corro alborotado
Se entró derramando hieles.
Ana se lanzó á su lado
En guisa de contenerle;
Sacó el santiagués la espada
Preveyendo un accidente:
Sonó el choque del acero,
Dieron gritos las mujeres,
Acudió al punto á estos gritos

Un enjambre de corchetes,
Y en medio de aquella lluvia
De tajos y de reveses,
Ah ¡ténganse á la justicia!
Entre reniegos y pestes,
Rompió el aire un alarido
Triste, seco y estridente,
Que dijo: «¡Dios me perdone!
¡Muerto soy; cielos, valedme!

Quando de vuelta del soto
Tornaron luego las gentes,
Cantaban tristes las mozas
Al son de los panderetes:
A un caballero, madre,
Galán y alegre,
Por besar á una niña
Le han dado muerte.
Se quemó en unos ojos,
Picó en claveles;
La abeja cuando pica
Dicen que muere.

Mala tarde le ha dado
Santiago el Verde:
Bajó mozo y con vida;
¡Sin ella vuelve!

V

¡Fiesta de la Cruz de Mayo!
¡Noches de la Cruz amenas!

Quien ni escritas os conoce,
No sabe lo que son fiestas.
Por todas partes brillaban
Luminarias y candelas,
Siendo un incendio abreviado
De España la corte entera.
Cada plaza era un asombro,
Un jardín cada plazuela,
Las casas grutas floridas,
Las calles frondosas selvas.
Cada portal ostentaba
Una cruz de ramos hecha
Bordada de minutisas,
De jazmines y verbenas.
Fabricados mil altares
Con cortinajes de seda,
Entre ricos pabellones
Brillaba la santa enseña,
Ante la cual volteaban
Arañas llenas de cera,
Reliquias de plata y oro
Con lazos de lentejuelas;
Y titilando sus luces
Como racimos de estrellas,
Cada altar era un incendio
Y cada cruz una hoguera.
Ante tales altarillos,
Las muchachas más apuestas,
Al son de los panderetes
Y al compás de las vihuelas,
Cantaban y bailaban
De gozo llenas:

Del Señor Jesucristo
La cruz es ésta,
Que la hallaron los ojos
De Santa Elena.

Divina Cruz del cielo,
Glorioso emblema,
Tus brazos me den vida
Cuando yo muera.

¡Qué mucho que en aquel tiempo
De tanta fe y de fe ciega,
A visitar los altares
Madrid entero acudiera?
Cierto que era para todos
Aquello miel sobre hojuelas,
Pues con pretexto fingido
De cumplir con la conciencia,
Iban á la cruz los mozos
Por bailar con las doncellas;
Éstas por hallar amantes,
Por gulumear las viejas;
Los rufianes y gaiteros
Por tentar las faltriqueras;
Las tapadas por galanes,
Los galanes por pendencias,
Los corchetes por dinero,
Los escribas por querellas:
Y, en fin, hombres y mujeres,
Mozos, ancianos y dueñas,
De aquí para allá bullían
Con su razón y su cuenta,

Dando que hacer á los ojos,
A las manos y á las lenguas.
Para mayor incentivo,
Y dar más lustre á la fiesta,
En cada cruz presidía,
Con privilegios de reina,
La mejor moza del barrio,
La más honrada y discreta.
Con sobrenombre de Maya,
Flora de tal primavera,
Desde un alto taburete
Bordado de ricas sedas,
Con presunciones de mando
Y con visos de alcaldesa,
Ordenaba y escogía
Para bailar las parejas;
Ahogaba toda disputa,
Mataba toda querella,
Y á su poder absoluto
Sin apelación ni réplica,
Prestaba el concurso alegre
La más formal obediencia,
Rindiendo en ello homenaje
A la ley de la belleza.
En torno, pues, de aquel astro,
Vistosísimos planetas,
Las demás niñas del barrio
Luciendo flores y trenzas,
Al son de los panderetes
Y al compás de las vihuelas,
Cantaban y bailaban
De gozo llenas:

Galanes de la villa
Que á la cruz llegan;
Digan si han visto Maya,
Maya cual ésta.

Ojos de cielo tiene,
Boca de perlas;
Palidita es su cara
Cual la azucena.

Cuello tiene de cisne,
Cintura estrecha,
Como mimbre que al aire
Se balancea.

Galanes de la villa,
Vengan á verla:
¡Dichoso aquel amante
Que su amor tenga!
¡Noches de la Cruz de Mayo!
¡Noches de la cruz amenas!..
¿Qué ha sido de tanta gala?
¿Qué ha sido de tanta fiesta?
Niñas de caras de rosa,
Hoy requeridas apenas,
¡Quién os diera que esas noches
Para vosotras volvieran!

VI

¡Noche de la Cruz de Mayo!
En esa festiva noche,
En palacio el rey se hallaba
Circundado de su corte.
Las damas muy bien prendidas,

Muy bien vestidos los hombres,
Eran el vivo remedo
De un ramillete de flores.
Los pajes en la escalera
Estaban puestos en orden,
Ostentando mil adornos
A la luz de sus hachones;
Y á las puertas de palacio
Con armoniosos acordes,
Una música poblaba
El aire de alegres sonos.
La estancia en que el rey yacía
Llena estaba de primores,
Y en el centro se ostentaba
Un gran dosel con festones.
Bajo sus anchas cortinas
Brillaba una cruz de bronce,
Cuyos brazos despedían
Un raudal de resplandores.
Todo el espacio era aroma,
Luz y gala los salones;
Y en compasado murmullo
Y en animado desorden,
Sonaban por todas partes
Risas, suspiros y voces,
Entrecortados requiebros
Y agudas exclamaciones.
¡Qué extraño que esto ocurriera,
Si entre concurso tan noble,
Como en certamen de ingenio
Y en son de improvisaciones,
Sus galas allí lucían

Alcanzando alto renombre,
Con sus sátiras Quevedo,
Con su galanura Lope,
Alarcón con sus sentencias,
Montalbán con sus sermones,
Y con sus chistes sangrientos
De Villamediana el conde?
Conversando el rey se hallaba
Con tan ilustres varones,
Cuando al pie de la escalera
Se apagó el rumor de un coche,
Un curioso movimiento
Se agitó en todos entonces,
Y á la escalera salieron
Damas y gentiles hombres.
Quevedo sacó sus lentes
Como el que á ver se dispone;
Alarcón estiró el cuello
Como un galápago enorme;
El Señor Villamediana
Galán se atusó el bigote,
Y el rey salió hasta la puerta
Gallardeando su porte,
Cuando oyó gritar á un paje:
—Plaza á la Maya, señores.—
Penetró en la sala Anilla
Vistiendo negros crespones,
Y al verla Góngora dijo
Con delicioso trasporte:
—Sale la estrella de Venus
Al tiempo que el sol se pone—
Tomóla el rey de la mano

Para hacerla los honores;
Sentóla en su silla de oro,
Rindió á sus pies el estoque,
Y en tono de vasallaje
La dirigió estas razones:
—En tus manos de jazmines
El rey su cetro depone,
Que por tu mucha hermosura
Regir debieras el orbe.
Breve es, niña, tu reinado,
Mas lo breve no te importe,
Que se ha de hacer mientras dure
Todo cuanto te acomode.
Y en prueba de ello, permite
Que el rey á tus pies se postre,
Y de tu imperio absoluto
Primer vasallo se nombre.—
Y doblando las rodillas
Besó su mano de flores,
Y al punto hicieron lo mismo
Príncipes, duques y condes.
Después de tal besamanos,
De su asiento Anilla alzóse,
Y profirió estas palabras
Con asombro de la corte:
—Todo reinado comienza
Entre gracias y perdones;
Yo, esclava de tal costumbre,
Quiero que un perdón se otorgue.
Há poco en *Santiago el Verde*
Que un hombre mató á otro hombre;
Hoy el matador espera

Que la justicia le ahorque.
Mató con razón y celos,
Celos y razón le abonen:
Quede libre, pues merece
En vez de castigo honores.—

Alzóse un sordo murmullo
Contra tales conclusiones;
Y el rey, entre afable y serio,
Esto dijo en son de informe:
—Niña, la justicia tiene
La ley del cielo por norte;
Rey que su fallo no acata,
Contra el mismo Dios se opone,
Que en la frente de los jueces
Su cetro divino rompe.
El matador es villano,
Era el muerto grande y noble;
Su padre llora su muerte
Y pide justicia á voces.
¿Quién habrá que se la niegue
Siendo justos sus clamores?
—Señor, replicóle Anilla,
Vuestra majestad perdone
Que yo en esta causa extraña
Por el matador abogue.
Los jueces antes que jueces
Han nacido, señor, hombres;
La ley divina en sus manos,
O se tuerce ó se corrompe.
Cuando la tuercen lisonjas

O promesas de favores,
Bien es que su desagravio
El rey á su cargo tome.
A vos, señor, han llegado
Muy torcidos los informes,
Que yo sé que el muerto era
Mal guardador de atenciones.
En la boca de una niña,
Audaz, insolente y torpe,
Puso sus labios profanos
Con mengua de sus blasones.
Vió el desacato su novio,
Y cara á cara matóle,
Que á noble sube el villano
Si á villano baja el noble.
La ley del honor es una
En el campo y en la corte;
Quien venga su honor altivo,
Llena su deber de hombre.
Si ese padre llora al muerto,
Justo, es señor, que lo llore;
Mas no merece su llanto
Quien fué de su honor azote.
Mayor compasión merece
Una madre anciana y pobre,
Que entre duelos y congojas
A tragos la muerte sorbe.
En un rincón de su casa
Su angustia la madre esconde,
Que un *ay* dolorido lanza
A cada pregón que oye.
Sangre derraman sus ojos,

Sangre por su rostro corre,
Que el hijo de sus entrañas
La muerte aguarda en prisiones.
¿Y qué diré de la novia
Causa de tales horrores?
Sin color en las mejillas,
Vistiendo negros crespones,
Ante el rey de España pide
La vida de sus amores.
Señor, matarle es matarme;
Ved lo que hacéis esta noche,
Si no queréis que de reina
Mis privilegios invoque.
Vuestro cetro está en mi mano;
Respeto este cetro impone:
¿Quién negándole obediencia
Manchará sus resplandores?

Calló Anilla: el rey turbado
Miró á los grandes entonces,
Como pidiendo un consejo
Con la justicia conforme.
Guardó silencio el concurso,
Turbada cayó la corte;
Y sólo Quevedo dijo
Cuchicheando con Lope...
—¡Si yo fuera el rey ahora,
Por Dios que asombrara al orbe!
—¿Que hiciérais? dijo el monarca
Que sorprendió estas razones.
—¿Queréis mi opinión?

— La quiero.

—Pues dígola y no se enoje.
Por la boca de esa niña
Han hablado los doctores:
La ley es vara que mide
Por igual á todo zote,
Llámesese el zote Don Bueso,
O llámesese Juan Bodoque.
Si al noble mató el villano,
Válganle los *Pater noster*
Del que le plazca rezarle
Para que Dios le perdone.
En cuanto al novio, es muy justo,
Pues mató, que se le ahorque:
Mas muera ahorcado en los brazos
De esa linda Maritornes.
Quien se casa, ¿no se ahorca?
Pues que le casen al trote,
Y viva en cárcel perpetua
Temiendo que le encocoren.
Así cumple el rey con todo,
Cumple cual monarca y noble;
Que no es bien que en esta chica
Usos antiguos derogue.
Y además la Cruz de Cristo
Presencia estas discusiones,
Y fuera gran desacato
Desairar á quien nos oye.
No es noche de luto aquesta,
Que es de jolgorio esta noche;
Ya que la Cruz se celebra,
Celébrese con perdones,

Que así el rey á Dios imíta,
Pues en ella salvó al hombre.

Calló Quevedo: el monarca
Hacia la Maya tornóse,
Y tendiéndola su mano
La dijo afable:—No llores;
Será tu amor condenado
A que muera en tus prisiones.—
Ana cayó de rodillas,
Rompió en aplauso la corte,
Y en recuerdo de este caso
Compuso estas coplas Lope:

Galanes de la villa,
Mozos valientes,
Que bajáis á Santiago,
Santiago el Verde;
Respetad el recato
De las mujeres,
Que el que no las respeta
La vida pierde.
Fueros y privilegios
Ya no os defienden,
Que el rey de las Españas
Con razón quiere,
Que en su gran monarquía
Sean sus leyes
Escudo contra el pobre,
Terror del fuerte.

Muchachas de la villa,
Niñas alegres,
Que bajáis á Santiago,
Santiago el Verde;
Tejed ricas guirnaldas
Para las sienes
De la Maya donosa
De ojos celestes,
Que en la corte de España
Logró valiente
Libertar á su amante
De fiera muerte.
Hoy en su blanco seno
Tranquilo duerme;
Y al compás del arrullo
Con que le mece,
Dice á veces risueña,
Llorosa á veces:
—Que viva el rey de España
Justo y clemente,
Que á las niñas que lloran
Su amor les vuelve.

DON JOAQUÍN JOSÉ CERVINO

Introducción al poema titulado

LA VIRGEN DE LOS DOLORES

¿Mi pobre corazón por qué suspira,
Y del retiro y soledad se agrada?
¿Por qué á do yace mi olvidada lira
Súbito he dirigido una mirada?
¿Qué sombra de tristeza en torno gira
Que así me deja el ánima angustiada,
Y el arpa del dolor voy aprestando
Tonos de luto al cielo demandando?
¿He escuchado el graznar de la corneja,
Del cuervo augurador he visto el vuelo,
O turbja estrella de fatal guedeja
Terror lanzando entre el azul del cielo?
No; necio agüero al corazón no aqueja,
Ni en fantasmas la mente encuentra el duelo:
Temieronlos paganas Roma y Grecia;
El alma del cristiano los desprecia.
Tú, Luna, que en el alto firmamentó
Ves, en trono de nácares llevada,